

los que jugaban á los bolos, avisando á los maridos.

Y tras éstas aparecían la *Clavellina*, la *Cortezona*, la *Pote*, la *Pelela* y las *Chirrinás*. Estas eran las más guapas y tenían fama de hábiles para traer á casa buen botín. Payo que cogían, lo *jonjaban* en un momento. Únicamente podía compararse con ellas la *Culo de corcho*, una gitana obesa, de ojos pequeños, como si estuviesen cosidos, y gran ligereza de manos, que en un santiamén hacía desaparecer bajo sus sayas todo objeto que podía *chorar*.

Los hombres salían á su encuentro. El portallón de la calle de los gitanos vomitaba grupos y grupos de sucios chiquillos que habían pasado el día cantando á coro, repicando las castañuelas y tomando lecciones de baile, para entretener el hambre.

—¿Qué traes?—preguntaba el gitano á su mujer, estirando los miembros entumecidos por el descanso, subiéndose la faja con ambas manos y atusándose las greñas que le tapaban las orejas.

Si la expedición había sido fructuosa, pavoneábase la gitana con orgullo.

—Arza pa alante, esgalichao. Menúo *callardó* vais á mamaros tú y los *churumbeles*...

Encendían fuego en su covacha, preparando, ante todo, el chocolate; dejando para después el guisoteo de la cena. En otras casas, se prescindía por completo de la sartén, no queriendo, después de un día de hambre, otro alimento que el *callardó*. Era el lujo de la raza, el nutritivo de los ricos, y toda la familia, puesta en cuclillas en torno de la hoguera, contemplaba absorta el hervir del puchero lleno de chocolate.

Si la mujer había juntado un duro con sus tra-

pacerías y rapiñas, empleaba casi toda la cantidad en tablillas de la preciada pasta. La familia sorbía con delectación el chocolate líquido, y lo mascaba crudo como si fuese pan. El amargo perfume esparcíase en las casas inmediatas, despertando envidias. La chiquillería asomábase con ávidos ojos, y corría después á dar cuenta á sus madres de este banquete de reyes.

—Mi *dai*: en casa del *Mochitelo* toman *callardó*. Dicen que han hecho un buen *chambo*.

Y las madres suspiraban con envidia. ¡Qué suerte la de algunas gentes!

En otras casas sonaban gritos desesperados, estrépito de lucha, golpes en las paredes. Se abría una puerta, y sacaba su cabeza desmelenada una mujer con gesto de espanto.

—¡Favó, al rey!... Que me mata mi Enrique... Que me desloma, que me jase peazos porque no he traío na.

Seguía vociferando con la cabeza fuera de la puerta y el cuerpo dentro de casa, sin moverse, para que el gitano pudiera apalearla sin gran molestia. Nadie prestaba atención á estos gritos: era lo de todos los días. La que vagaba por Madrid, sin traer nada, tenía por segura la paliza. Era una exigencia de las buenas costumbres, una tradición venerable: todas ellas habían visto lo mismo en la casa paterna.

Cerrada ya la noche, Pepe, el cobrador, iba de tabuco en tabuco con su talonario. En unas casas encontraba al hombre, sentado en un rincón, con aspecto enfurruñado y á la mujer tendida en el suelo.

—Pasa de largo, Joselillo—gemía la gitana.— Hoy no puedo darte el real: no he ganao nada. Mira cómo me ha puesto el cuerpo este bruto.

Y señalaba al marido, que permanecía impasible, con la tranquilidad del que cumple su deber.

El hogar estaba apagado, y la banda de chiquillos, convencida de que en casa no encontraría un mendrugo, seguía repicando las castañuelas en la calle, *tra lá lá lá*, pasando y repasando ante las puertas que olían á chocolate, con la esperanza de alcanzar algunas sopas.

El cobrador, en otros sitios, notaba la precipitación con que la familia ocultaba su abundancia. El fogón sólo tenía algunas ascuas: los cacharros, sucios de chocolate, estaban ocultos en el rollo de las colchonetas. La más vieja de la familia le tenía algunas monedas, entre suspiros de desaliento.

—Toma, Joselillo, una *plañi*—decía.—No tenemos más: te debo dos reales, que te daré mañana. ¡Ay! Estamos muertecitos de jambre...

Y Joselillo pasaba á otra casa, seguro de la cobranza, pues aunque aquella gente se retrasase en el pago, acababa siempre por satisfacer sus deudas. Eran vagabundos, que apenas comenzaba el verano, hacían la vida errante de feria en feria, y por esto mismo necesitaban tener su techo seguro, para cuando llegasen los frios.

Isidro, al salir de su casa por las mañanas, hablaba con Salguero, el esquilador. Este le salía al paso, saludándolo con grandes cortesías.

—Vaya usía con Dios, señor excelentísimo. Ya sabe que *Salguerillo* es su fiel servidor, aunque sea un probe *cañi*.

Cuando Isidro podía darle un cigarro, Salguero, satisfecho del obsequio, le acompañaba cuesta arriba, hasta el paseo de los Ocho Hilos, sin cesar de hablarle con gitana incoherencia.

El cariz del tiempo era su mayor preocupación. No llovía: las cosas marchaban mal.

—¿Pero á usted—preguntaba Maltrana riendo—qué le importa que llueva ó no llueva? ¿Dónde están sus campos?...

Salguero hacía un mohín de extrañeza. La lluvia era el pan para ellos. Producía las buenas cosechas, y con abundancia en los campos, los paletos gastaban mejor su dinero en la compra de caballerías.

—Nosotros vivimos der verano, don Isidro. Si no juese por las ferias, moriríamos como las ratas. Yo esquilo, y los camarás que tién caballerías, las venden. En invierno, el pasto es muy caro. Esos probesitos que usted ve, no comen muchas veses pa que el ganao, que es su fortuna, no carezca de pienso... En verano, si la cosecha es buena, el paleta es generoso y no le importa darnos paja y cebá cuando vamos de paso.

Hablaba Salguero con entusiasmo de las ferias veraniegas, grandes mercados de bestias que daban vida para el resto del año á la gitanería vagabunda. El las conocía todas; iba á ellas montado en un borrico, con las tijeras en la faja. En las Cambronerías no quedaban más que su vieja y algunas otras mujeres que eran viudas. Hasta las gitanas de prole más numerosa emprendían la marcha detrás de la recua, seguidas de todos sus chiquillos. Mientras los hombres hacían sus trampas en el campo de la feria, ellas corrían las casas echando las cartas, diciendo la buenaventura, ofreciéndose las más viejas á curar las enfermedades con remedios misteriosos, transmitidos de madres á hijas desde la más remota antigüedad.

Las dos primeras ferias eran en San Juan: las de Segovia y Avila. Luego venía la famosa de Alcalá, en el mes de Agosto. En Septiembre, se verificaban las de Illescas, Aranjuez, Ocaña, Mora,

Quintanar y Belmonte. Y, en Octubre, eran las últimas: las de Consuegra, Talavera y Torija. Días antes de establecerse Maltrana en las Cambroneiras, habían llegado todos los vecinos de regreso de estas últimas ferias, dando por terminada la buena época del *trato*.

Salguero se entusiasmaba recordando estas grandes aglomeraciones de bestias necesitadas de esquila; los encuentros de las familias gitanas procedentes de los más lejanos extremos de la península. Todas estaban unidas por el parentesco después de luengos siglos de casamientos, sin rebasar los límites de la raza, y sólo se veían una vez al año, al encontrarse en las ferias, volviendo después á emprender su regreso por distintos caminos en busca del retiro invernal.

Maltrana se enteraba por el esquilador de la interesante geografía de los gitanos. Toledo era *Toledate*, y Córdoba, *Cordobate*. Una población era un *Gao*. A Valladolid le llamaban el *Gao baró*, el «pueblo grande»; á Sevilla, el *Gao de silla*; á Valencia, el *Gao de los marrulles*, y á toda Galicia, el *Gao de los malalos*. Madrid era *Los Foros*.

—Son una gloria, don Isidro, las tales ferias. A cada instante hay un *chambo* y se vende una caballería: no es como aquí que pasan los jueves en la Puerta de Toledo sin que se cambie una mala burra. Y yo, cuando no esquila en las ferias, sirvo de arreglaor, y como tengo labia, doy mi empujón para que el compare venda su género, y después hay alboroque y se bebe el buen vaso de *mor* y la rica copa de *pañaló*. Usía no sabrá lo que es eso. ¡Qué ha de saber, si con tantos libros que ha leído no *pena* ni tanto así de caló!... Pues es el vino y el aguardiente: y cuando oiga que mis compadres dicen que estoy *molaló*, es que creen que

estoy borracho: pero no hay tal cosa; un poco de alegría y na más.

La presencia de Maltrana y Feli en este barrio, donde no existían otros payos que los mendigos y los *quinquilleros* de las ferias, causó cierta emoción en la gitanería. Vivía la pareja fuera del callejón, en los altos de una casucha aislada, cuyo piso bajo estaba ocupado por una tienda de comestibles.

Feli, en los primeros días, había sentido gran repugnancia por su nuevo alojamiento. La daba miedo ver tanto gitano: la inspiraban inquietud estos hombres de color de bronce y mirada aviesa, como bandidos de carretera. Temía á las mujeres, viéndolas de lejos vociferar y amenazarse en un lenguaje extraño, del que sólo entendía algunas palabras. Vivían pacíficamente; pero ella sentía la inquietud de la mujer europea que se ve trasladada á una población de Africa, entre gentes que parecen sumisas, pero que pueden sentir de pronto la hostilidad de la raza.

Isidro se reía de sus preocupaciones. ¿Dónde mejor que allí? Era cierto que el río olía mal, pero ya se habituarían á este hedor de los residuos de la villa. En cambio, oían á los pájaros, contemplaban campo y cielo al abrir sus ventanas, no tropezaba su vista con una sucia pared á unos cuantos metros de distancia que les robaba el aire y el azul del espacio.

Isidro, con su imaginación, embellecía el barrio. Un siglo antes era aquella parte la más hermosa de Madrid. ¿Veía Feli las praderas al otro lado del río? Pues allí bailaban los chisperos y manolas pintados por Goya; por allí paseaba el gran pintor y las duquesitas hermosas que se hacían retratar desnudas. Aquellos sotillos habían

presenciado el período más amable y pastoril de nuestra historia.

—Piensa, Feli—añadía el joven,—que por real y medio vivimos como unos señores en plena campiña, y además, el pago es diario; una verdadera comodidad.

La joven, viendo á todas horas á estas gentes de aspecto terrorífico y costumbres pacíficas, ya no las tuvo miedo. Las mujeres, por su parte, en fuerza de contemplarla junto á la ventana, trabajando en los corsés, acabaron por sentir admiración. Su laboriosidad inspiraba gran respeto á estas hembras vagabundas, cuyas faenas domésticas consistían en encender el fuego y dejar que la familia se tragase la cena medio cruda.

Además, habían llegado á la gente gitana vagas noticias de que Isidro era un hombre de pluma, que aunque estaba en la desgracia podía salir de ella; y esto bastaba para que les inspirase tanto respeto como el juez, los escribanos y todos los señores graves que también escriben y envían un pobre á presidio apenas desaparece la más insignificante caballería. Algunas viejas, con negras sayas de viuda, detenían á Maltrana, para hablarle de sus hijos que estaban en Melilla ó en Ceuta.

—Por ná, señor—gimoteaban.—Un acaloramiento. Llevaban la *churi* en la faja, y al faltarles... pues, pincharon. Su mercé debe tener buenas influencias... Vea de sacarles un indulto: ó que los pasen á un presidio mejor.

Estas gentes de viva imaginación que vivían en perpetuo embuste, habían creado una leyenda halagadora en torno de aquella señorita, tan buena, tan laboriosa, que permanecía horas enteras tras los vidrios, con los ojos bajos, lo mismo que una virgencita en su altar. Los grupos de gi-

tanillas haraposas, en sus pasacalles por el barrio, acompañados del repiqueteo de los palillos, deteníanse al pie de la ventana y cantaban á la que era por antonomasia la *Señorita*. Feli veía el grupo de cabecitas greñudas, con ojos de brasa y tez de cobre; las bocas abiertas por el canto, mostrando sus paladares, de un rosa obscuro y los agudos dientes, de nítida limpidez. La joven saludábalas con dulce sonrisa y todas ellas prorrumpían en formidable griterío.

—Danos argo, *Señorita*... Echanos manque sea un beso, resalá.

Y hablaban entre ellas de lo que habían oído á sus madres. La *Señorita* era hija de un personaje muy rico, de un marqués ó algo semejante, pero como no la dejaba casarse con don Isidro, había huido con él y los dos pasaban *jambre*, y ella trabajaba para su hombre, como lo hacen todas las mujeres *honrrás*; lo mismo que si fuese una buena gitana.

Esta laboriosidad por mantener al macho, y las novelas que circulaban sobre su alto origen, atraían con curioso interés irresistible á las hembras de las Cambroneras.

La primera en introducirse en la casa fué la *Teodora*, la vieja de mayor prestigio del barrio; un dechado de sabiduría, respetada hasta por los hombres. Era viuda: iba vestida de luto, con gitanesca exageración, pues hasta por encima del cruce del pañuelo, se veía el borde de su camisa de percalina negra.

Sin marido que le ganase, ni otra fortuna aparente que tres caballerías de un hijo suyo, era la hembra de más dinero de las Cambroneras, y su casa la mejor. Tenía en ella unas cuantas silleas para sentarse, y las hollinadas paredes, adornába-

las con papel recortado del que se emplea en los vasares de las cocinas, formando multicolores tapices que daban á su tabuco un sabor oriental, en armonía con la cara oscura de los habitantes.

La Teodora era la mujer más sabia de su raza. Servía de médico á los hombres, de comadrona á las mujeres y de *catañeadora* á las mocitas que iban á casarse. No había virginidad gitana que no pasase por sus manos antes del matrimonio, para que certificara su integridad. Los payos del barrio la llamaban con sorna la *madre de las vírgenes*.

Se introdujo en la casa de Isidro con pretexto del embarazo de Feli. Ella sabía más de esto que todos los médicos juntos: y después de mirar largamente el abultado abdomen, contrayendo los ojos y sacando los arrugados labios en forma de trompeta, dijo con certeza:

—Va á ser una churumbela más grasiosa y requetesalá, que su propia mare. Dende aquí la veo.

Halagada por los elogios disparatados de la vieja y sus extraordinarios relatos de las costumbres gitanescas, Feli, la veía llegar con agrado todas las tardes. Algunas veces venía acompañada de otras mujeres, y hacía gala de su gran amistad con la *Señorita*.

Feli se fijaba en la hija de la Teodora, una joven de catorce años, casi una niña, toscamente vestida de luto y con un aire de resignada tristeza, como si fuese una monja obligada á vivir en el mundo.

—Es viuda, *Señorita*—decía la vieja.—Se le murió el marío á los dos años de vivir juntos... Ya no podrá casarse nunca: lo prohíbe nuestra ley. La mujé no debe tener más que un marío. Los hombres pueden casarse asín que pasa el luto, pa eso son hombres; las hembras, no. Mírela usted á la

probesita. Tan joven y pasa la vida acordándose de su difunto. Se acabaron pa ella las fiestas, las boas y los saraos. Cuando murió el marío, hizo que la cortasen el pelo con navaja, ná de tijeras, tal como es ley entre nosotros; se echó un capisayo por la cabeza, y á llorar. Duerme en sábanas negras, calza zapatos de gallego, sólo viste paño del peor y cuando hay fiesta en casa se va á la de una vecina, huyendo de ruidos. ¡Ay, la *Merivén!* ¡Qué mardita bestia! ¡Y qué de tristezas trae!...

Y al nombrar á la Muerte, á la terrible *Merivén*, hacía grotescos ademanes de espanto, como si la tuviese delante y quisiera apartarla con las manos.

Feli se fijaba otras veces en una jovencita de rojas peinetas en el pelo, hueca falda de flores con largos volantes y un sinnúmero de collares verdes, azules y rosa. Era casi una niña: la pubertad apenas había hinchado la tapa de su pecho con los capullos femeniles; sus ropas huecas, sonando con escandaloso frú-frú, denunciaban una delgadez de escuerzo femenino.

—Y esta mocita—preguntó Feli,—¿cuándo se casa?...

—Anda—exclamó la vieja con impúdica risa.—¡Pues si ahí donde usted la ve, está más abierta que la puerta de la Macarena!... Es la mujer de mi hijo Rafaé, al que yaman el *Boto*. Tiene trece años, pero más mocita me casé yo con mi difunto... A los once.

Y la Teodora relataba á Feli los incidentes de un casamiento, el acto más importante de la vida gitanesca. Los jóvenes de veinte años ponían sus ojos en alguna mocita que sólo contaba doce ó trece. Las mujeres, después de esta edad no tenían valor alguno. El enamorado buscaba el apoyo de al-

guna hembra de respeto por sus años. En las Cambronerías siempre era Teodora la escogida. «Señá Teodora: yo quiero á la Fulana, pero con güen fin.» La vieja, satisfecha de que pusiera en ella su confianza, iba en busca de la mocita. «Fulanito quiere ser tu *buñó*, pero con formalía, pa casarse en seguía.» Y la virgen gitana, bajando la cabeza daba su contestación. «Puesto que no me quiere pa engañarme y perderme, y ya que una mujer de tanto respeto saca la cara por él... güeno, seré su *buñi*.» Se veían á espaldas de los padres, lejos del barrio: pasaban horas enteras solos, en completa libertad, pero no había cuidado de que un buen gitano osase cosas mayores.

Cuando el *buñó* se creía en situación para sostener una casa, y contaba con un compadre que se prestase á ser padrino, corriendo con todo el gasto de la boda, robaba á la *buñi*, llevándosela á la casa de sus padres. ¡Gran escándalo en el barrio! El *bato* de la novia salía á la calle gritando que iba á matar á su hija. Todos los amigos, compadres y vecinos, le agarraban para que no realizase su venganza paternal. Juraba, ponía los ojos en blanco, pedía una *pusca* de dos cañones, bien cargada de plomo, para matar á los fugitivos, una *churí* afilada para cortarles el cuello, y no se movía del sitio, á pesar de que los amigos apenas si le sujetaban, limitándose á dictarle prudentes consejos, como era costumbre.

—¿Qué vas á jacer, compare? Son cosas de la vida... Lo mesmo hisimos nosotros cuando éramos chavales.

El padre acababa por meterse en casa, y como en algo tenía que demostrar su indignación, la costumbre era que diese á su mujer una paliza de muerte.

A los dos días, se presentaba el gitanillo raptor ante el padre de la novia, con su chaqueta de terciopelo granate y el pavelo blanco de los días de fiesta. Se arrodillaba compungido, se apoderaba de una de sus manazas, la besaba, y gemía después:

—Su mersé es el cuchillo y yo, probesito de mi, soy la carne. Corte su mersé por donde quiera.

Estas palabras, repetidas durante siglos, conmovían al gitano viejo y hacían que se le saltasen las lágrimas, como si las escuchase por primera vez. Levantaba al chaval, le echaba los brazos al cuello, y decía conmovido:

—A ti te perdono, porque te quiero; porque no tienes culpa de ná... Pero ella, que no venga, porque la mato.

Pocos días después, presentábase la muchacha escoltada por la Teodora y otras respetables brujas de las Cambronerías.

—Aquí tiés á tu chica—gritaban desde la puerta.—Vamos á ver si la pegas, peazo de bruto.

El gitano rodaba los ojos, levantaba los brazos como si fuese á aplastar á la chavalilla, caída á sus pies, con las manos juntas y el rostro compungido, y de repente rompía á llorar.

—¡Mi hija!... ¡*grañi* de mis entrañas! ¡Qué disgusto nos has dao!

La abrazaba, dándola ruidosos besos, y su pobre mujer no lloraba menos, pero era de gozo, viendo terminado, por el momento, el período de las palizas.

La muchacha volvíase á la casa del novio, y allí permanecía hasta la boda, que tardaba seis, ocho ó diez meses, mientras los padres reunían dinero para la costosa ceremonia.

Feli sentía curiosidad por conocer un ma-